

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2 . ª É P O C A

Año 1957 - Núm. 86



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

188

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

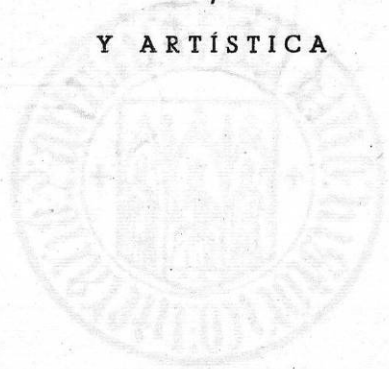
PUBLICATIONS SPANISH

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA



REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

1957



ARCHIVO HISTÓRICO
BIBLIOTECA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

83

2.^a Epoca
Año 1957



Tomo XXVII
Número 86

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1957

NOVIEMBRE Y DICIEMBRE

Número 86

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excm. Diputación Provincial.—D. Alberto BALBONTÍN DE ORTA.—D. Juan DELGADO ROIG.—D. Eloy DOMÍNGUEZ RODIÑO.—D. José HERNÁNDEZ DÍAZ.—D. Federico JIMÉNEZ ONTIVEROS.—D. Manuel JUSTINIANO MARTÍNEZ.—D. Celestino LÓPEZ MARTÍNEZ.—D. Enrique MARCO DORTA.—D. Cristóbal PERA JIMÉNEZ.—D. Ángel RODRÍGUEZ QUESADA.—D. Joaquín ROMERO MURUBE.—D. José RUBIO RIVAS.—D. Francisco RUIZ ESQUIVEL.—D. Tomás SALAS SÁNCHEZ.—D. Federico VILLANOVA HOPPE.—Director, D. Luis TORO BUIZA.—Secretario, D. José Andrés VÁZQUEZ.

SUMARIO

Págs.

ARTICULOS

- P. Fernando Rubio Alvarez, O. S. A.—*Don Pedro Gómez Barroso, Arzobispo de Sevilla, y su «Catecismo» en romance castellano.* 129
Alfonso Grosso.—*Un siglo después de la muerte de Antonio Maria Esquivel.* (Dos ilustraciones fuera de texto). 147
P. Arturo Alvarez, O. F. M.—*Tradición concepcionista de la Provincia Bética* [I]. (Una ilustración fuera de texto) 159

MISCELANEA

- Pedro Armero Manjón, conde de Bustillos.—*El último señor de Sanlúcar de Barrameda.* 201
Felipe Cortines Murube.—*Noticias sobre Reynoso.* 209
Joaquín González Moreno.—*Un plano inédito de la portada de San Clemente.* (Una ilustración fuera de texto). 215
*** *Premios y becas de la Excm. Diputación Provincial. El Premio Nacional «Valdés Leal».* 219

LIBROS: Varios. 223

CRÓNICA: José Andrés Vázquez.—*Cronista Oficial de la Provincia. Marzo y abril, 1949.* 235

DON PEDRO GÓMEZ BARROSO, ARZ
OBISPO DE SEVILLA,
Y SU CATECISMO EN ROMANCE
CASTELLANO

ARTICULOS ORIGINALES

C

La obra de Pedro Gómez Barroso, obispo de Sevilla, es una de las más importantes de la literatura religiosa en castellano. Su catecismo, escrito en romance, es una obra de gran valor literario y doctrinal. La obra de Barroso es una de las más importantes de la literatura religiosa en castellano. Su catecismo, escrito en romance, es una obra de gran valor literario y doctrinal.

No obstante a encontrar referencias algunas de sus obras, de su autor hasta Nicolás Antonio. Este vive en un libro de la biblioteca del Venerable Colegio de San Gregorio en Madrid.

En la obra de Barroso, obispo de Sevilla, se encuentra una de las más importantes de la literatura religiosa en castellano. Su catecismo, escrito en romance, es una obra de gran valor literario y doctrinal.

UN SIGLO DESPUES DE LA MUERTE DE ANTONIO MARÍA ESQUIVEL (*)

DOS siglos y medio después de que Francisco Pacheco, el gran pintor sevillano, reuniera, según costumbre, en su taller de nuestra ciudad, a lo más florido y eminente de la erudición y del arte de aquella época, otro gran pintor, también sevillano, Antonio María Esquivel, agrupaba en su estudio de Madrid a lo más selecto y destacado de la intelectualidad de aquel momento.

Pacheco nos dejó, como recuerdo de aquellos gratos coloquios, un libro de retratos de lo más interesante como obra de arte y como documento, pues gracias a estos dibujos de Pacheco se pueden identificar a los ingenios de fines del siglo XVI que convivieron con él.

Esquivel nos dejó, en cambio, un bello cuadro que es como un resumen del momento romántico por antonomasia que le tocó vivir en la Corte de España.

Aquel recinto que pintó Esquivel, con ocasión de una lectura de poesías de Zorrilla, era su estudio y estaba decorado con muchas de sus obras; por eso, este acto que celebramos hoy, me recuerda aquel espléndido cuadro que hoy puede admirarse en Madrid, en el Museo de Arte del siglo XIX. También aquí nos rodean cuadros, la mayoría retratos, que van a ser testigos de este acto que la Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de

* Trabajo leído por su autor, don Alfonso Grosso González, Director del Museo Provincial, en la sesión conmemorativa del Primer Centenario de la muerte de Antonio María Esquivel, celebrada por la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría el día 13 de octubre de 1957.

Hungría acordó celebrar con motivo del Centenario de la muerte de este gran pintor.

Si esta ceremonia que celebramos se hubiera celebrado, como tantas otras, en la magnífica Sala de Actos de la Academia Sevillana, situada en la planta baja de este mismo edificio, los asistentes habrían salido de allí con el eco, en sus oídos, de un discurso más; recuerdo frío e incompleto de un pintor ilustre, que mis pobres cualidades de conferenciante no habrían sabido enaltecer como merecía.

Pero, afortunadamente para Vdes. y para mí, nos encontramos en esta magnífica Sala, dedicada toda ella a exponer una importante colección de cuadros, muebles y objetos decorativos de la época y del ambiente que vivió nuestro pintor. Y estas proyecciones vivientes, como pudiéramos decir, me ayudarán tanto, que ello me da fuerzas y ánimo para acometer esta labor, que me es tan difícil.

Todo esto ha sido posible, gracias a la magnanimidad y el desprendimiento de un matrimonio casi sevillano, por haber nacido ambos cerca de nuestra ciudad y haber vivido en ella durante muchos años. Se trata de don Andrés Siravegne y doña Caridad Lomelino, de Siravegne.

Esta donación fué hecha a la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría para su exposición en este Museo, en el año 1944, cuando el citado matrimonio decidió ausentarse de Sevilla y como recuerdo de su estancia en ésta, donde pasaron los mejores años de su vida.

Se compone esta colección de más de sesenta cuadros, todos de Antonio María Esquivel, la mayoría de retratos, a los que acompañan muebles, alfombras y otros objetos decorativos que pertenecen a la época en que el pintor vivió; formando todo ello un conjunto que dejará en nosotros una huella de esplendidez y buen gusto que Sevilla no ha sabido captar.

Este hecho insólito, de una donación de esta importancia, no ha tenido hasta ahora el menor gesto de Sevilla que pudiera corresponder a esta gentileza. Hemos clamado constantemente para atraer la atención de nuestras autoridades, y que este hecho tuviera el eco debido, y siempre sin éxito alguno.

No sabemos si algún día —Dios lo quiera— Sevilla sabrá quedar dignamente ante tal acto de desprendimiento del que en todo momento se está mostrando orgullosa, ante los españoles y los extranjeros que visitan nuestro Museo.

Además de esta donación, los señores de Siravegne completaron su esplendiez con una interesantísima colección de retratos expuesta en esa Sala contigua, originales de José Gutiérrez

de la Vega, compañero de Esquivel y también sevillano, que compartió con éste, en la Corte romántica, gloria y honores.

No es sólo el Centenario de un pintor lo que conmemoramos aquí hoy; es también el Centenario de una época llena de encanto, que se llamó romántica y en la que florecieron grandes ingenios, todos ellos influídos por el ambiente.

1857-1957. ¡Qué siglo más nutrido de acontecimientos para España!

En esa primera mitad con que termina el siglo XIX, tiene lugar la liquidación del romanticismo, como si Mariano José de Larra se hubiera levantado de su tumba y, con un segundo pistoletazo, hubiera ahuyentado a los artistas de entonces que aún quedaban, para que no fueran testigos de lo que habría de venir después.

La otra mitad, en que comienza el siglo en que estamos, y en la cual se desarrolla la vida del que tiene el honor de hablaros, nos trajo al mundo la prisa, que no nos sirve más que para torturarnos, haciéndonos vivir más intensamente, pero imposibilitando ese saboreo de las cosas de la vida en el cual, el arte, es el verdadero intermediario.

La época de la que hemos de hablar, llámese como se llame, era extraordinariamente atractiva. Díganlo si no, los extranjeros; sobre todo, los franceses y también los ingleses que nos visitaban para estudiarnos y conocer nuestras costumbres, que inspiraban a todos ellos fastuosas novelas, cuadros y temas musicales.

Estos artistas, apenas rozaban nuestra vida y nuestras costumbres, quedaban embrujados con el encanto español. Y si esto era para los de fuera, qué no sería para los españoles, a quienes los otros enseñaron a viajar, y que escribieron y pintaron durante medio siglo, conociendo su propia nación.

La conmemoración de un Centenario siempre es algo triste, porque una vez desaparecido lo material, queda el recuerdo, o la obra, que es más contundente, y si se trata de un pintor, este recuerdo es aún más vivo, más perceptible.

Pero hablemos de nuestro artista.

En este año de 1957, se cumple un siglo de la muerte de Antonio María Esquivel, el pintor sevillano que vivió en Madrid algún tiempo, dedicado a su noble profesión, en donde saboreó triunfos y soportó tragedias que pusieron su vida en peligro, pero siempre con un carácter y una entereza dignos de un artista honrado y cabal, con cuyas armas acertó a defenderse en todo momento.

Esquivel nace en Sevilla el día 8 de marzo de 1806. Su padre, don Francisco Esquivel, era Oficial de Caballería, cuando

peleaba a las órdenes del General Castaños, y dejó su vida en los campos de Bailén, haciendo honor a su estirpe, en la que figuraba el caballero sevillano don Antonio Esquivel, que peleó con Gonzalo Fernández de Córdoba para la conquista de Nápoles.

Desde el momento de la muerte de su padre, empieza para Esquivel el drama, al quedar solo con su madre, sin recurso de ningún género y enfrentados con la vida, a la cual supieron vencer poco a poco, en lucha difícil, y con un tesón maravilloso. La madre logró instruir a su hijo para las mejores empresas; quería que estudiara Letras, pero Esquivel soñaba con la pintura, y de acuerdo con esta inclinación tan manifiesta, comienza sus estudios en la Academia de Bellas Artes de Sevilla, recibiendo las primeras lecciones y los primeros elogios del pintor Francisco Gutiérrez, al parecer, un magnífico imitador de Murillo, que le inculca, como a todos los artistas de aquella época, la adoración, puede decirse, por el gran sevillano, cuya influencia duró en nuestra capital hasta casi el final del siglo XIX.

Después de estos primeros pasos, fué protegido por su vecino, el dorador don Francisco Ojeda. Poco tiempo después, nuestro pintor empezó a sacar al mercado obras suyas, ayudado por su protector, logrando los primeros éxitos, que sirvieron para sobrellevar aquella penosa situación.

Hacia el año 1823, vuelve España a sufrir otra de las guerras que durante la primera mitad del siglo XIX no la dejaron descansar. Y Esquivel, sintiendo en su interior el impacto patriótico que recordaba a sus antepasados, se incorpora a los nacionales de Sevilla, a quienes se les había confiado la defensa del Trocadero, en Cádiz. En la séptima Compañía de aquellas Milicias, cuando contaba diez y siete años, se encontraba Esquivel, que se distinguió por su arrojo contra los franceses; por ello, el Gobierno de 1840 le otorgó la Cruz y Placa del sitio de Cádiz. En aquella jornada, y cerca de Sevilla, caía herido y prisionero de los franceses Jenaro Pérez Villamil, compañero, más tarde, de Esquivel y pintor personalísimo del romanticismo.

Después de este episodio, Esquivel vuelve a su pintura en Sevilla. En 1827, cumplidos los veintidós años, contrajo matrimonio con doña Antonia Rivas, dama de buena familia, y con este motivo redobla su afán y trabaja intensamente, teniendo que dedicarse, a veces, a otras actividades distintas de la pintura, para poder subvenir a las necesidades de su hogar. En el año de 1831, Esquivel aparece en Madrid, en donde empieza a trabajar ayudado por personas amigas que lo protegen con ilusión y afecto. Bien pronto, al siguiente año, en un Concurso General de pre-

mios organizado por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, obtiene el nombramiento de Académico de Mérito, juntamente con su amigo y paisano José Gutiérrez de la Vega.

En Madrid empezó cultivando el género de cuadros de escenas andaluzas y temas religiosos, todos ellos inspirados en Murillo, tan claramente, que más de uno pasó entonces por original del gran maestro, según cuentan los biógrafos. Empezó pronto a pintar retratos. Fué colaborador artístico en el periódico "El Siglo XX" y el "Panorama", y acudió con sus obras a las primeras Exposiciones organizadas por la Academia, que fueron las que dieron lugar a que años más tarde se formalizaran dichas Exposiciones, comenzando las famosas Nacionales, cuyo Centenario se ha celebrado brillantemente, el pasado año, en Madrid.

En el mes de marzo de 1837, unos jóvenes entusiastas, Esquivel entre ellos, fundan el famoso Liceo Artístico Literario, de tan gran resonancia en el ambiente artístico nacional. En esta Junta del Liceo, de la que Esquivel formaba parte como Vocal, se le confió la enseñanza de Anatomía Pictórica; asignatura que, años más tarde, llegó a desempeñar en la Academia de San Fernando.

Se sucedieron los encargos, entre ellos muchos retratos, pintando algunos de la Familia Real.

Seis años llevaba Esquivel en la Corte y, dejando como uno de los últimos encargos realizados allí un retrato de tamaño natural de Isabel II y de la Infanta Luisa Fernanda, se marchó a Sevilla, tratando de recordar la época tan dura de sus comienzos, después de haber triunfado en Madrid.

Comenzaba por entonces el Liceo Sevillano, y Esquivel ayudó personalmente a ello, colaborando con don Eduardo Cano, Joaquín y José Domínguez Bécquer, José Romero, Cabral Bejarano, Roldán, Barrón y otros, que nos dejaron el recuerdo de bellas obras; recuerdo tranquilo y, pudiéramos decir, sonriente, de tiempos que empezaron ya a ser de paz, después de tantos desastres e inquietudes.

Cuando menos lo esperaba, le llegó a nuestro pintor la hora del dolor, sin el cual nadie se va de este mundo, y en el otoño de 1839, y a consecuencia de un humor herpético que padecía, sus ojos quedaron privados de la visión de la luz y el color; pero dentro de esta gran tragedia, pudo confortarse con el interés que todos sus amigos y compañeros, tanto de Madrid como de Sevilla, demostraron por él, pudiendo recoger, con este motivo, la cosecha de la simpatía, la laboriosidad y el talento que

supo desarrollar cara a la vida, luchando por él, sin olvidar a los demás.

Tanto en Sevilla, como en Madrid, se organizaron actos para recaudar cantidades con las que ayudar al desgraciado artista, que, gracias a ello, pudo atender a su curación y volver a Madrid a organizar de nuevo su vida de trabajo con el mismo entusiasmo que antes de enfermar.

Y se dice que, en el domingo 25 de abril de 1841, el Palacio de Villahermosa, en donde estaba instalado el Liceo, fué testigo y escenario de una sorprendente escena. El teatro está lleno, el telón corrido y en el aire un silencio expectante. Replegadas las cortinas, surgió el gran lienzo "La Caída de Luzbel"; y, a su lado aparecía el Secretario del Liceo, Narciso Pascual Colomer, leyendo una carta de Esquivel llena de gratitud y nobleza, en que hacía ofrenda al Centro de aquel cuadro, una de sus mejores obras, como agradecimiento a todo lo que el Liceo había hecho por él durante su enfermedad.

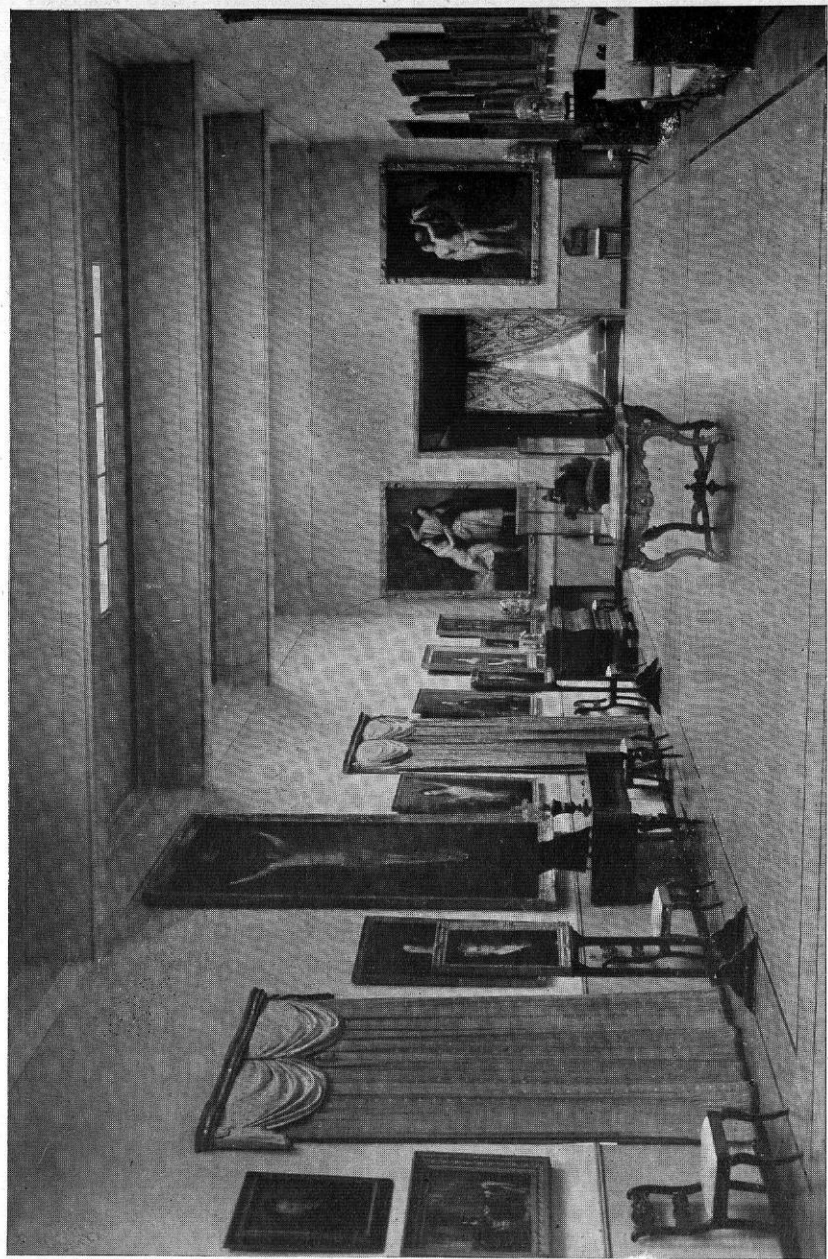
Y a su regreso a Madrid, Esquivel continúa su vida entre su trabajo, el Parnasillo, el Liceo y los teatros.

En esta época parece recrudecerse su tendencia a los asuntos religiosos y pinta intensamente, enviando cuadros a todos los Salones. Expone algunos retratos y otros cuadros de temas religiosos en la primera Exposición Nacional, inaugurada por la Reina Isabel II un año antes de morir nuestro artista. En esta misma Exposición, exhibe por primera vez Carlos María, hijo de Esquivel, un cuadro de historia. Y cuando desaparecido el Liceo, Esquivel se dedica a fundar una nueva empresa artística, para amparar a los jóvenes artistas, llega el final, pues en el número del "Museo Universal" en que se daban las anteriores noticias de dicha fundación, publicaba en sus columnas la necrológica del pintor, que decía así: "El día nueve del presente mes, a las ocho de la noche, ha dejado de existir, en su domicilio, el distinguido artista don Antonio María Esquivel".

A su entierro asistió todo el Madrid literario y artístico, y hubo numerosas manifestaciones oratorias con los mejores elogios para el artista fallecido, que se fueron apagando en el aire y que sólo parecen sostenerse aún en los colores y en la expresión de estos cuadros que nos rodean y que Sevilla tiene la suerte de conservar.

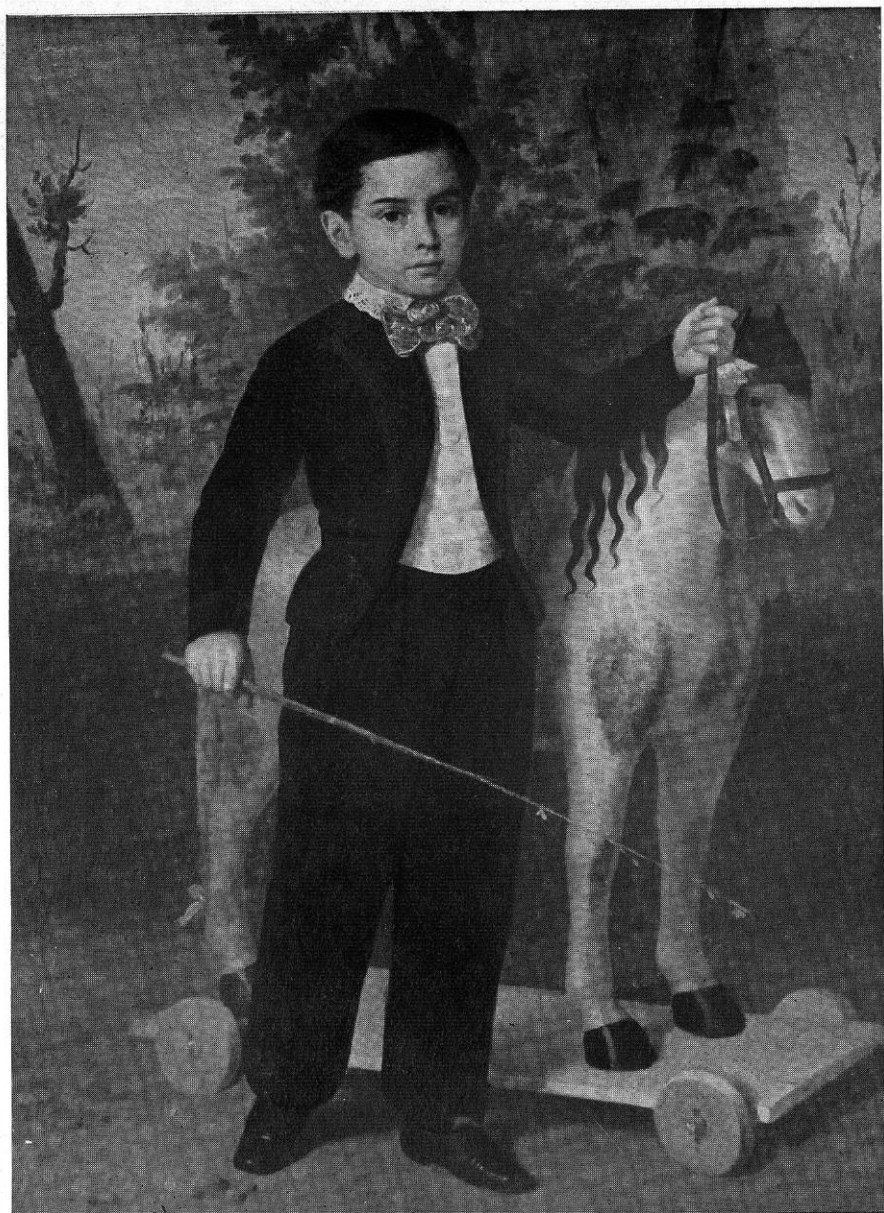
Hasta aquí la vida del artista, brevemente recordada y tan conocida de los amantes de la pintura.

Ahora hablemos de Esquivel ante su obra, que aquí casi se puede abarcar con una mirada, y que nos dice de su formación clásica y su gusto algo afrancesado, así como de su técnica, acor-



Museo Provincial de Sevilla.—Sala de Antonio Maria Esquivel, donación del matrimonio señores Siravegne.

(Foto, MORENO).



Museo Provincial de Sevilla.—Retrato, por Antonio M.^a Esquivel.

(Foto LABORATORIO DE ARTE,
Universidad de Sevilla).

de con los tiempos que corrían, cuando aún no se presentía el cambio de manera y de gusto, que más tarde habría de sorprender al mundo del arte.

Es indudable la influencia en el pintor, del medio ambiente, como lo es también su vida, su familia y su carácter. Cuanto más conocemos a un artista, más nos compenetramos con su obra. Esquivel fué hombre tranquilo y normal, sin genialidades y de un gran atractivo personal, y, por si esto fuera poco, tuvo la suerte de vivir en pleno romanticismo, en un ambiente que todo un siglo no ha sido capaz de destruir, puesto que su recuerdo nos gana a cada momento.

La obra literaria y artística en general de la época a que nos referimos, ejerce en nosotros una curiosa sugestión que nos hace ver toda la producción de entonces mucho mejor de lo que en realidad era.

Es decir, lo romántico, con su espectacular acompañamiento de revoluciones, atentados e intrigas políticas, gozaba de una gran simpatía y atracción que aún perdura.

El romanticismo estaba pleno de temas poéticos; la vida se desarrollaba entre lindos trajes que daban a la mujer calidad de porcelana, que inspiraba a nuestros artistas. Los muebles, la iluminación, la música, y por último el amor que, imprescindiblemente, rondaba por todos estos escenarios, producían cuadros, poemas, duelos y hasta suicidios famosos, de los cuales ha estado manteniéndose nuestra literatura años y años, y aún en nuestros días se inspira en ellos a falta de encontrar en lo moderno ese tema que tenga emoción y belleza a un mismo tiempo.

La mayoría de los cuadros que componen este conjunto son, como pueden verse, retratos; género al cual dedicó Esquivel gran parte de su vida; no sabemos si lo hizo por verdadero deseo de artista, o porque encontrase más lucrativa esta manera de pintar. Lo cierto es que el pintor agotó todos sus recursos y conocimientos para llegar al éxito y lo consiguió.

Se ha escrito mucho sobre el retrato en la pintura, pero no precisamente por aquellos que por concebirlos y ejecutarlos pudieran decir las cosas más sustanciosas sobre este difícil género. Figuráos lo que nos pudiera decir el mismo Esquivel sobre las vicisitudes y anécdotas ocurridas durante la ejecución de muchos de estos retratos.

Cómo podemos nosotros descubrir, pongamos, por ejemplo, la falta de armonía o el porqué de alguna composición poco acertada, debido a la imposición o sugerencia del retratado, o de la familia y, en resumen, esa falta de personalidad que muchas ve-

ces observamos en los retratos y a la cual es totalmente ajeno el pintor.

¡Cuánta historia debe haber en estos retratos del maestro sevillano, obligado a pintar personas de tan distinto linaje y aspecto! Señoras sin afeites, en donde había que inventarlo todo; niños con caritas de enfermos que parecían mirar al pintor, asombrados del parecido que veían en sus retratos; ancianos políticos, aristócratas, autores dramáticos, poetas y damas de dudosa belleza, que el artista intentaba corregir sin poder olvidar el parecido; y esos generales que parecen haber reunido en ellos todas las condecoraciones y las plumas de sus antepasados.

Esquivel, como tantos otros artistas del retrato, estuvo sometido, como lo estamos todos, al sujeto, al ambiente y al atuendo de la persona retratada.

Si pudiéramos conocer el porqué, la señora Marquesa de Cabra, interpretada en ese retrato que tenemos delante, aparece pintada sin ningún retoque, luciendo su nariz rojiza, tan poco en consonancia con su magnífico traje. Es muy posible que la mujer abandonase el cuidado de su rostro, porque confiaba demasiado en su vestido, creyéndolo suficiente para realzar su belleza.

En cambio, el hombre presumía de su traje y, además, de su peinado y otros detalles decorativos que, a veces, lo hacía parecer algo afeminado.

Realmente es inconcebible cómo en tan poco tiempo, esto es, entre el final del siglo XIX y principios del XX, cambia la moda femenina de tal manera que influya extraordinariamente en el arte del retrato. En aquellos momentos, apenas se sostenían dignamente, en todo el mundo, tres o cuatro pintores de retratos de justa fama, que son: Giacomo Grosso, en Italia; La Gandara, en Francia, y Sargent, en Estados Unidos. Ellos pintarán esos trajes fundas con que la moda intenta buscar la forma y la línea femenina, sin encontrarla.

Diez años después, todo cambia y el gran retratista húngaro Lazlo marca la ruta por donde los pintores de retratos han de triunfar, siguiéndole varios españoles, algunos de ellos con personalidad extraordinaria.

La técnica de Esquivel, sobre todo en los retratos, es poco flúida y más bien dura, hasta el punto que los rostros parecen miniaturas agrandadas; no en balde el pintor se especializó en este género, en el que logró aciertos magníficos, como son buena prueba los que se exponen en esta colección de Siravegne. Y en general podemos decir que Esquivel fué un gran dibujante y que a pesar del gran número de retratos que pintó en su vida,

no existe monotonía en el conjunto, sino una gran variedad bien alejada de todo amaneramiento, cosa tan fácil cuando se cultiva mucho un mismo tema.

Esquivel se encuentra en Madrid con un grupo de pintores que siguen a don Francisco de Goya, entre ellos a Vicente López Lucas y Alenza. Este grupo era muy parecido a aquel otro que en Sevilla dejó nuestro pintor y que seguían fieles al gran Bartolomé Esteban Murillo. Pero a Goya no se le podía imitar, el genio no tiene segundas partes, y a la que tuvo le faltó precisamente eso, el genio.

Por otro lado, la fama de Ingres y David deslumbró a muchos pintores españoles de aquel momento, entre ellos a Esquivel, que siguió muy de cerca la manera francesa, porque aquello sí se podía imitar, pero era tan exagerado su academicismo, que podríamos asegurar que ellos fueron los culpables de que en la misma Francia tuviera lugar la reacción que produjo el advenimiento del impresionismo, con todas sus consecuencias, creándose una pintura de técnica más libre y de más rico cromatismo.

Además de los retratos, Esquivel pintó obras de distintos géneros; lo mismo religioso que histórico, o mitológico.

En lo religioso lució su talento, parejo con la pintura de retratos, pues podríamos citar numerosas obras en las que demostró tener gran inspiración. No olvidemos que el artista pasó su juventud entre cuadros de Murillo, y fué absorbido por el encanto de su genial paisano, cuya enseñanza religiosa dió al pintor esa medida y ese equilibrio que domina en toda su producción.

Entre los cuadros de temas religiosos que pintó Esquivel, se encuentran: "La Transfiguración del Señor", que hoy se conserva en la iglesia del Salvador, de Santa Cruz de la Palma, en Canarias. La composición de este cuadro es acertadísima y la obra mereció grandes elogios al ser conocida en la Academia de Madrid. También pintó un magnífico cuadro de "San Hermenegildo", de medio cuerpo, magnífico de expresión y dibujo. Dos bellos cuadros, también del género, aquí presentes, son: esa Virgen de la Anunciación y el Angel San Gabriel, de recuerdo murillesco, pero con colores muy mitad del siglo XIX. La Magdalena penitente, que también podemos admirar en esta sala, está firmada en los baños del Alhama, en el penúltimo año de su vida.

Y como tema original, ese San Dimas, tal vez, de los pocos cuadros que se han hecho de este Santo.

Este Crucifijo que tenemos delante produce un efecto extraño, explicado por el hecho de que fué ejecutado por encargo

de la Reina Gobernadora, que era muy devota de un Cristo existente en un Santuario segoviano. Esquivel hubo de copiarlo tal como era, y la Reina lo colocó en su oratorio de Quitapesares.

Los cuadros de la Casta Susana y José, y la mujer de Putifar, que adornan también esta Sala, forman pareja y fueron pintados en 1854 para don José María Bracho y Murillo, de Cádiz, que solicitó del pintor una Academia con desnudos.

Esquivel publicó también algunas monografías; una de ellas sobre el pintor José Elbo, y otra sobre Herrera el Viejo, así como un tratado de Anatomía pictórica, cuyo profesorado desempeñó en el Liceo, y más tarde en la Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Esta fué la corta vida de Esquivel: 51 años vividos intensamente entre el dolor y el triunfo y manteniendo siempre un carácter que no se doblegó por nada y sólo la adversidad, al quedarse ciego temporalmente, lo dominó, hasta el punto de pensar en el suicidio.

En resumen: nuestro artista fué todo un hombre y un sevillano más de los muchos que saben, con dignidad y talento, llevar su nombre a todas partes, para gloria de la tierra que los vió nacer. Fué, además, un pintor que reflejó una época de un momento bellísimo, en el que no se necesitaba saber descifrar jeroglíficos, ni para mirar los cuadros, ni para enterarse de aquello que la crítica quería decir de ellos. ¡Bendito momento tan distinto a este que nos ha tocado vivir, donde los pintores geniales cifran todas sus ilusiones en ese estúpido pugilato que consiste en ver quién puede pintar peor una manzana, una guitarra o un arlequín; donde hemos de sufrir con resignación cristiana esa absurda contumacia de la crítica moderna, de prohijar un fenómeno cada día, sin preocuparse de dónde viene ni quién lo presenta! ¡Como si no fuera ya bastante el haber convertido el panorama artístico mundial en una pista de circo! ¡Pero ya está bien! ¡Ni ellos mismos saben qué hacer! Los críticos porque llegaron mucho más lejos de lo que debían, elogiando la farsa, y ya no saben cómo retroceder. Y los negociantes porque van agotando los elogios y los medios de propaganda de aquello que tenían almacenado en sus Galerías y que era difícil de vender.

Y el mundo, cansado de tantas piruetas grotescas, ansía la verdad, que es la palabra eterna con que se envolvió siempre la obra de arte.

¡Pero es tan difícil volver de nuevo a lo sincero y a lo normal!

Existe una frase muy andaluza, y casi pudiéramos decir muy

sevillana, que todos conoceréis, con la que el pueblo expresa generalmnte su opinión cuando encuentra algo que se sale de sus límites, y dice que aquéllo es: una *desproporción*. Pues bien, ahí tenéis la palabra que lo dice todo tan sencillamente y que tan bien refleja el momento actual. Sin proporción no hay vida, ni equilibrio, ni amor, ni arte posible.

Hemos hablado mucho de retratos, sin haber entonado lo que cuadra a este momento; es decir: un réquiem a este género de la pintura, que si Dios no lo remedia, va camino de desaparecer, y no creo que sea exagerada mi observación, pues tengo pruebas de ello, que no me atrevo a exponeros hoy, por no alargar más estas líneas.

Y para terminar, me atrevo a preguntaros ¿dónde sería posible colocar, en nuestros días, la admirable inscripción conmemorativa que figuraba en la fachada del Liceo que fundara Esquivel, en Madrid, y que decía así: "Consagrado a la perfección de las Artes y a las delicias de la Naturaleza".

ALFONSO GROSSO.

Director del Museo Provincial de Bellas
Artes de Sevilla.

